



LA LUCHA POR CREER: DUDA AGÓNICA DE LA FE Y ANGUSTIA EXISTENCIAL EN UNAMUNO

THE STRUGGLE TO BELIEVE: AGONIZING DOUBT OF FAITH AND EXISTENTIAL ANGUISH IN UNAMUNO

MYRIAM RODRÍGUEZ DEL REAL¹

Fecha de recepción: 11/07/22
Fecha de aceptación: 13/10/22

Resumen: La religiosidad de Miguel de Unamuno trata de la lucha por creer representada en uno de sus célebres personajes: San Manuel Bueno, mártir, un sacerdote que no puede creer, aunque querría hacerlo. Desde Unamuno entendemos esa necesidad de creer —que supura a través de sus textos— desde la cual creamos a Dios, pero la razón nos contradice esa creencia desde la fe. Así, encontramos cierta agonía y angustia en esta lucha por creer, que no es sino el intento de reconciliar fe y razón, idea muy presente y que atraviesa la obra de nuestro pensador.

Abstract: *Miguel de Unamuno's religiosity consists of the struggle to believe, represented in one of his famous characters: San Manuel Bueno, martyr, a priest who cannot believe, although he would like to. We need to believe, and so we believe in God, but reason contradicts our belief in faith. Thus, we find a certain agony and anguish in this struggle to believe, which is nothing more than the attempt to reconcile faith and reason, idea very present and which breaks through in the work of our thinker.*

Palabras clave: fe, duda, angustia, Existencialismo, Unamuno

Keywords: *Faith, Doubt, Anguish, Existentialism, Unamuno*

¹ Graduada en Filosofía por la UNED y en Periodismo y Comunicación Audiovisual. Ha publicado dos libros de divulgación filosófica: *Y pensar ¿para cuándo?* (Autografía, 2018) y *Mentes Inquietas. Contrarrefranes y cultura popular* (Punto de vista editores, 2020). Ha publicado varios artículos académicos: '¿Es el pluralismo un tipo de relativismo? Hacia un concepto de verdad como *écart*' en *Ludus Vitalis*; 'El deseo como potencialidad y la construcción de lo deseado. Revisión del concepto de deseo con Spinoza y la construcción de lo deseado bajo una visión estructuralista', en *Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*; 'El perdón y la promesa: condición humana salvífica. Revisión de los conceptos de perdón y promesa en La condición humana de Hannah Arendt', en *Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*; 'Desencanto del presente y promesa de un futuro mejor. Comentario al libro 'Breve historia de la utopía', en *Ensayos de Filosofía*.

*¿Estaré condenado a perpetua duda?*²

INTRODUCCIÓN A LA VIDA Y PENSAMIENTO DE UNAMUNO Y A LA CUESTIÓN DE LA DUDA AGÓNICA DE LA FE EN DIOS. La relación de Unamuno con la religión, la fe y su creencia en Dios (acaso ¿quién es Dios para él?) conforma uno de los aspectos más vertebradores de todo su pensamiento. Esta dimensión tan característica de su sistema filosófico nos lleva a responder a la pregunta de si Unamuno era ¿ateo? ¿creyente? ¿agnóstico? Porque de preguntas y dudas trata su mundo: de la duda angustiosa y agónica a la que le conduce la pregunta por Dios —la fe en el dios cristiano— y una inquietud religiosa muy punzante que conforma un pensamiento regido por crisis espirituales y existenciales y contradicciones.

Puesto que el ser humano es su biografía o historia vital («yo soy yo y mis circunstancias»³, dice Ortega; el hombre es narración o relato, puntualiza Ricoeur) y siempre existe inmerso en un espacio y un tiempo que lo configuran y constituyen su presente, conviene que prestemos atención a ciertos aspectos de la biografía y el contexto histórico de nuestro filósofo para, así, poder entender mejor su pensamiento.

Nuestro pensador vasco, Miguel de Unamuno, nace en 1864 en Bilbao y es catedrático de Filosofía de la Religión en la Universidad de Madrid. Crece en un ambiente familiar imbuido de la viva religiosidad de su madre y su abuela, las dos personas que crían a Unamuno, ya que su padre, teniendo él tan solo seis años, fallece.⁴ Su existencia «está enmarcada entre dos guerras civiles»⁵ y su vida se inicia en medio de las guerras carlistas, finalizando en plena guerra civil española, lo que marcará en gran parte su vida y la construcción de todo su pensamiento y obra. No parece arbitrario que, viviendo en un período histórico atravesado por guerras y conflictos, su pensamiento sea un pensamiento de la contradicción, del conflicto, de la lucha y de la duda, y que se construya de forma dialéctica. Asimismo, este pensamiento en conflicto característico de Unamuno es una lucha por conservar su «yo» —su individualidad—, considerarse «especie única», como dirá en *Mi religión*⁶, y una incesante búsqueda y persecución de la inmortalidad de su «yo», que torna obsesión.

Además, fue un lector voraz y su biblioteca personal disponía de alrededor de seis mil ejemplares.⁷ Así, como entusiasta lector que fue, en su pensamiento se pueden rastrear huellas de filósofos como Kierkegaard, de quien recibe (o, mejor, toma) el legado de la angustia existencial, por la que ambos estuvieron atravesados. En Kierkegaard esta angustia se resuelve a través de la fe, que nos conduce hacia Dios; en Unamuno, en su lugar, es rasgo esencial del ser humano, que nos dirige a Dios, pero del que ni siquiera Dios nos salva.

Por su parte, el lenguaje en el que nuestro pensador expresa su filosofía y su literatura está lleno de figuras literarias, símbolos, metáforas y, con mayor presencia, de paradojas y antítesis, que conducen a preguntas y a la duda unamuniana, que

² M. UNAMUNO, *Diario íntimo*, Alianza, Madrid, 1970, pp. 125-126.

³ J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, Calpe, Madrid, 1922, p.35.

⁴ Véase M. PADILLA NOVOA, *Unamuno, filósofo de encrucijada*, Editorial Cincel, Madrid, 1985, p.51.

⁵ J. L. ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español. Tomo V (II)*, Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 237.

⁶ M. UNAMUNO, *Mi religión y otros breves ensayos*, Espasa Calpe, Madrid, 1978, p.11.

⁷ Véase M. PADILLA NOVOA, *Unamuno, filósofo de encrucijada*, p.33.

recorre gran parte de su obra y que iremos explicando a lo largo del presente texto. El estilo de Unamuno, a su vez, supone una consideración del otro, del lector como parte activa de su pensamiento, esto es, Unamuno deja al lector la libertad de aterrizar y concluir el viaje de la duda y las contradicciones, sin llevarle a uno u otro camino. En ocasiones se ha puesto en duda la condición de pensador de Miguel de Unamuno por el formato en el que su obra se articula: en forma tanto de novela como de diario y, en el caso del ensayo, a través de un lenguaje poético. Con todo y con esto, sea considerado literato o pensador —o ambas cosas a la vez—, a continuación nos adentraremos en la profundidad de su pensamiento guiados por la cuestión de la lucha por creer, la fe y la duda agónica.

RAZÓN Y FE EN DIÁLOGO AGÓNICO. En primer lugar, es importante comprender que el concepto de ‘agonía’ para Unamuno apela a la condición de conflicto del diálogo entre fe y razón, que se encarna en su vida en forma de combate, que no se cierra ni resuelve, sino que permanece abierto y supurando. Dirá en *La agonía del cristianismo*: «Agoniza el que vive luchando [...] Es la jaculatoria de Santa Teresa de Jesús: ‘Muero porque no muero’».⁸ De esta forma, dudar, *dubitare*, como explica Unamuno en este texto, comparte con *duellum*, lucha, la raíz *duo*, dos. Así, la duda unamuniana será una duda agónica, esto es, que no se establece de una vez por todas, sino que lucha por salir de sí.

La vivencia de la fe en Unamuno es un camino de idas y venidas a lo largo de su vida biográfica, pero también, en su pensamiento, de dudas y cuestionamientos. Ha sido «considerado [lo mismo] católico que protestante, místico que ateo, espiritualista que existencialista».⁹ Pero cuando le preguntaban «¿Cuál es tu religión?», él respondía: «Quieren que les dé un dogma [...] buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados [...]. Y yo no quiero dejarme encasillar [...] porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy una especie única».¹⁰ Así pues, el pensamiento de Unamuno es difícilmente clasificable en una corriente filosófica concreta o bajo una etiqueta tal que ‘idealista’ o ‘pesimista’. Quizás cierta parte de su sistema —la que más nos interesa en estas líneas— podría calificarse como cristianismo ateo o agnóstico para nuestra comprensión, pero la pregunta —como no podía ser de otra manera— permanece abierta.

Su *Diario íntimo*, aparecido en 1970, está conformado por cinco cuadernos donde escribe sobre sus dudas, miedos y fe, y es uno de los textos que revela de forma íntima y personal la manera en que las crisis y las dudas atraviesan su vida, la de Miguel de Unamuno. Este diario es un reflejo de la llamada *crisis unamuniana*,¹¹ crisis por la que pasa Unamuno en 1897, que lo sitúa cara a cara con la nada y la angustia, dirigiéndole hacia Dios: «Aquella noche de marzo sufría insomnio. Daba vueltas en la cama con desasosiego. De pronto sintió que su corazón le fallaba y se vio en las garras del ‘ángel de la nada’. [...] Le sobrevino un llanto inconsolable. [...] Al día siguiente desaparece de casa y se refugia en el convento de los dominicos, donde pasa tres días rezando».¹²

⁸ M. UNAMUNO, *La agonía del cristianismo*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1938, p.16.

⁹ *Ibidem*, 240.

¹⁰ M. UNAMUNO, *Mi religión y otros breves ensayos*. Espasa Calpe, Madrid, 1978, p.11.

¹¹ Véase J. I. ELLECHEA IDIGORAS, *La crisis espiritual de Unamuno de 1897. Fragmento inédito de una carta unamuniana a Leopoldo Gutiérrez Abascal*, Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, 1997, XXXII, p. 279, 282.

¹² M. PADILLA NOVOA, *Unamuno, filósofo de encrucijada*, p.63.

En este texto, la figura de Dios se aleja de la racionalidad, de la teología para, así, brotar del corazón, de la fe y de la angustia. En realidad, lo que él pretende es reconciliar razón y fe, ya que —dirá—, no se puede «prescindir de la razón»,¹³ por lo que trata de racionalizar la fe e infundir fe en la razón. La única forma de convivencia entre ambas es la lucha porque «lo vital es irracional y todo lo racional antivital».¹⁴ Dirá en *Diario íntimo*: «Al rezar reconocía con el corazón a mi Dios, que con mi razón negaba».¹⁵ Esta dialéctica entre fe y razón es la lucha entre querer creer, que constituye la fe, y una razón que le impide creer en Dios, el conflicto entre dos “Unamunos” en contradicción que conforman la totalidad de él, de lo que ha sido y, por tanto, es.

FE AGÓNICA Y CREADORA: LA DUDA DE LA FE. Para Unamuno, «la fe es creadora y crea lo que no vemos»,¹⁶ porque creer en Dios es querer que exista. Esta necesidad que tiene de Él se «convierte en fe agónica».¹⁷ Por una parte, en Feuerbach también se habla de esta idea de ‘crear por querer creer’; el Dios en el pensamiento de Feuerbach es una creación del hombre, ya no solo nacido de una necesidad, sino de un deseo, proyección de todos nuestros anhelos: «Tal es tu corazón, tal es tu Dios. Así son los deseos de los hombres, así son sus dioses».¹⁸ Por otro lado, esta definición de la fe como *crear es crear* no ha de llevarnos directamente a concluir que para Unamuno Dios es creación nuestra, sino que la fe deposita, crea algo de trascendental, y esta fe es donación de Dios mismo: «Dios es quien crea la amistad del hombre con él, al darle la fe».¹⁹ Así, la *fe agónica* a la que nos hemos referido está instalada en la contradicción entre razón y fe de la que hablábamos más arriba, y en una profunda duda que desgarran constantemente a Unamuno, quien dirá que aquella fe que no duda está muerta.²⁰ Agonía que, por otro lado, es representada por la propia figura de Cristo sufriente que clama y grita al cielo como si nadie hubiese arriba para escucharle: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46) y que continúa en los versos del Salmo 22, 1 y dice así: «¿Por qué estás lejos de mi clamor y mis gemidos? Te invoco de día, y no respondes, de noche, y no encuentro descanso».

Al igual que el hombre crea a Dios en su absoluta necesidad y anhelo de inmortalidad, de trascendencia, el ser humano se crea a sí mismo porque es proyecto abierto, cuya mirada se sitúa en el porvenir:

No quiero morir, no; no quiero ni quisiera quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre y vivir yo, este pobre yo que soy y me siento ser ahora y aquí, y por eso me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia [...] ¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse! [...] ¡Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el santo hábito reina en mi eternidad [...]!²¹

Es en este punto donde se deja entrever, se dibuja, cierto existencialismo en Unamuno. Creamos a Dios por un punzante deseo de *eternizarnos*,²² de salvarnos de

¹³ J.L. ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español. Tomo V (II)*, p. 243.

¹⁴ *Ibidem*, 244.

¹⁵ M. UNAMUNO, *Diario íntimo*, op. cit., p.23.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ J.L. ABELLÁN, op.cit., 247.

¹⁸ FEUERBACH, *L'essenza della religione*, Editore Laterza, Roma, 1969, p.116. [Traducción propia].

¹⁹ J. NEGRE I RIGOL, *La oración de Unamuno a Jesús crucificado*, Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, 16-17, 1966, p. 137.

²⁰ M. UNAMUNO, *La agonía del cristianismo*, p.22.

²¹ M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Alianza Editorial, Madrid, 1912, pp. 58-59.

²² Este deseo de inmortalidad nos recuerda al *conatus* de Spinoza: el ser cuya esencia es perseverar en su existencia. Dirá Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*: «Ser, ser siempre, ser sin término

la angustia que provoca la *nada* —esta misma nada que es causa de la náusea en Sartre ante la conciencia de la absoluta libertad como condena y de angustia en Heidegger ante la existencia del *Dasein* arrojada al mundo e indeterminada y pro-yectándose (*pro-jeter*)²³. Así, crea entre lágrimas a Dios desde el «horror ante la nada, desde el deseo de salvarnos de ella».²⁴ Por eso Dios, además de salvarnos de la nada, dota de un sentido trascendente a nuestra existencia y, de esta manera, nos permite escapar de la *niebla* unamuniana, que es «la angustia del hombre perdido en una vida sin finalidad»,²⁵ de aquella nada de la existencia.

Esta sed de inmortalidad en Unamuno, muy presente en *Del sentimiento trágico de la vida*, es provocada por la conciencia de la finitud propia, de la muerte y el deseo de sobrevivir a nuestro fin. La razón niega esta inmortalidad del hombre propio y concreto, mientras que, en este combate entre razón y fe que constituyen “el sentimiento trágico de la vida”, la fe la afirma. Para Unamuno este *sentimiento trágico* es la aceptación de la contradicción y la tensión en las que razón y fe se encuentran y que conforman la vida humana y el deseo de plenitud, de acabar y dejar atrás los límites de la finita existencia humana. La creencia en la inmortalidad no transita los caminos de la razón, sino que emana de la fe, de la esperanza que conduce a Dios, pero que no puede deshacerse de la duda angustiosa, agónica. Desde Cristo, Dios encarnado que muere, pero que supera la muerte, brota nuestra esperanza de inmortalidad, nuestra hambre de Dios, a quien clamamos que nos colme nuestro deseo: «¡Sin ti, Jesús, nacemos solamente para morir; contigo nos movimos para nacer, y así nos engendraste!».²⁶ De esta manera, pervivirá siempre, en palabras de Fraijó, un «noble esfuerzo por seguir afirmando la vida incluso allí donde esta sucumbe derrotada por la muerte».²⁷

Así bien, la duda en la que se instala Unamuno se contraponen a la duda cartesiana²⁸ porque esta es provisional, esto es, la propia duda de Descartes le hace salir del estado eterno de duda y le lleva a una certeza: porque dudo, sé que pienso; porque pienso, sé que existo.²⁹ En cambio, la duda de Unamuno se transforma en agonía, ya que es duda enraizada en el «eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida»,³⁰ que gime en contradicción: «¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda?».³¹

Hablábamos de la lucha unamuniana entre la razón y la fe y su intento de conciliarlas. En su novela *San Manuel Bueno, mártir*, el personaje de San Manuel es un sacerdote que no tiene fe en Dios: representa la razón, es ateo —o acaso agnóstico: no cree, pero quiere creer—, mientras que Ángela, otro de los protagonistas, encarna la fe y trata de interceder por la conversión de aquel. Para San Manuel la fe es una

[...] ¡Sed de amor eternizante y eterno! ¡Ser siempre!» M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p.43.

²³ El francés nos permite vislumbrar esta relación entre el ser humano como proyecto (*projet*), dirigido hacia el futuro, proyectándose y el ‘*pro-jeter*’, siendo *jeter* en francés ‘lanzar’, tirar. Así, se nos presenta el ser humano lanzado, arrojado al mundo: pro-yectado.

²⁴ C. PARÍS, ‘Unamuno: La religión como soteriología existencial’, en M. FRAIJÓ (Ed.), *Filosofía de la religión* (427-456), Trotta, Madrid, p. 436.

²⁵ SUÁREZ MIRAMÓN en *Introducción* de M. UNAMUNO, *Niebla*, Alianza editorial, Madrid, 1986, p.8.

²⁶ M. UNAMUNO, *El cristo de Velázquez*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1947, p.123.

²⁷ M. FRAIJÓ, ‘Resurrección’ en C. FLORISTÁN y J.J. TAMAYO (eds.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, Madrid, 1993, p. 1214.

²⁸ M. UNAMUNO, *La agonía del cristianismo*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1938, p. 22.

²⁹ Véase R. DESCARTES, *Discurso del método/Meditaciones metafísicas*, Austral, Madrid, 2010, *Discurso del método*, Cuarta parte.

³⁰ C. PARÍS, ‘Unamuno: La religión como soteriología existencial’, p. 433.

³¹ M. UNAMUNO, *Poesías. Salmo I. Éxodo. XXXIII*, 20.

forma de consuelo, de ilusión ante una existencia sin sentido: «cuidad de estas pobres ovejas que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer».³² Al final es precisamente San Manuel quien les infunde fe y esperanza en una inmortalidad en la que él no creía pese a habitar en él un deseo palpitante de poder hacerlo. Parece que esta necesidad de sentido —y de Dios— se traduce, en *Niebla*, en la constante búsqueda de Augusto, su protagonista, en forma de una sed colosal de amor. Y podría no ser casual, ya que, precisamente, el dios cristiano no es otra cosa que eso: «Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor» (1 Jn 4, 7-9).

También en *Del sentimiento trágico de la vida* trazaré esta dialéctica agónica, esta lucha entre fe y razón, pilar sobre el que se sustenta y base desde la que se ramifica todo el resto de su pensamiento y lo traspasa:

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a esta. [...] Tuvimos que abandonar, desengañados, la posición de los que quieren hacer verdad racional y lógica del consuelo, pretendiendo probar su racionalidad, o por lo menos su no irracionalidad, y tuvimos también que abandonar la posición de los que querían hacer de la verdad racional consuelo y motivo de vida. Ni una ni otra de ambas posiciones nos satisfacía. La una riñe con nuestra razón, la otra con nuestro sentimiento. La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra. Y hacer de ésta, de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual.³³

Fe, razón y vida se necesitan, porque no pueden existir la una sin la otra, aunque su existencia se dé en forma de combate y de lucha, que será lo que conformará el sentido de la existencia del ser humano y que torna profundamente existencialista: *el sentimiento trágico de la vida*, que puedes o asumirlo y acogerlo en tus entrañas o rechazarlo. Esto es lo que conducirá respectivamente a una existencia auténtica, en lucha, o inauténtica, de apariencias.

EL DIOS DE UNAMUNO: BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD Y EL SENTIDO. Miguel de Unamuno se alejó de concepciones de Dios tales como el demiurgo platónico o el primer motor inmóvil aristotélico. No podemos acceder a Dios a través de la razón, de argumentos lógicos, porque Dios es un dios vivo, que sufre y goza, que se encarna en un hombre. Escribe en *Del sentimiento trágico de la vida*: «El Dios lógico, racional, el *ens summum*, el *primum movens*, el Ser Supremo de la filosofía teológica, aquél a que se llega por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, *viae negationis, eminentiae, causalitatis*, no es más que una idea de Dios, algo muerto».³⁴

No nos basta un Dios que colme nuestros anhelos de inmortalidad y que eternice nuestra existencia si esta existencia carece de sentido alguno. Así, Dios responde a esa ansia de sentido, de finalidad, de ‘para qué’ de nuestra existencia concreta y humana, *de carne y hueso*,³⁵ tratando, de esta forma, de alejarse de la nada en la que la razón le había sumido. Con esto, Unamuno comprenderá que a este dios vivo no se llega por el camino de la razón, sino por los senderos del amor.³⁶

Por último, la ruptura de los límites entre realidad y ficción nos revela una dialéctica similar a la que se da entre la fe y la razón, que ya hemos comentado. En *Niebla* Unamuno rompe con la barrera o el límite entre ficción y realidad cuando

³² M. UNAMUNO, *Obras completas*. 9 vols, Escelicer, Madrid, 1966-1971, p. 51.

³³ M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 112.

³⁴ M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 157.

³⁵ Véase M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo 1.

³⁶ *Ibidem*, p. 163.

Augusto lo visita y escritor y personaje se reúnen en una misma escena para hablar. La fe dubitativa de Unamuno nos esclarece su idea de que Dios es creación del hombre por las ansias de creer en Él. Así, paradójicamente, Dios es creación del hombre tanto como los personajes que el propio Unamuno *realiza* —al romper la distancia entre realidad y ficción— son creación del autor. La misma lucha se da entre realidad y ficción que entre fe y razón, constituyéndose mutuamente. Escribe Unamuno:

¿Ente de ficción?, ¿ente de realidad?, de realidad de ficción que es ficción de realidad [...] Todo este mi mundo de Pedro Antonio y Josefa Ignacia, Don Avito Carrascal y Marina, Augusto Pérez [...] Abel Sánchez, Elena, la tía Tula, Angela Carballino, San Manuel, [...] todo este mundo me es más real que el de Cánovas y Sagasta, de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, de Galdós [...] y todos aquellos a quienes conocí o conozco vivos, y algunos de ellos los traté o los trato. En aquel mundo me realizaré, si es que me realizo, más que en este otro [...].³⁷

Así como, en ocasiones, Dios no es para Unamuno más que un sueño de fe al que no se puede acceder a través de la razón, así también nosotros somos sueños de Dios, del *Autor*, del Creador, como también Augusto lo es del escritor, de él mismo. Escribe en *Del pensamiento trágico de la vida*: «porque creer en Dios es en cierto modo crearle, aunque Él nos cree antes. Es Él quien en nosotros se crea de continuo a sí mismo»,³⁸ quien en nosotros se nos revela. Unamuno se deshace del dios-idea, de las argumentaciones racionales de la existencia de Dios y de la búsqueda de Dios desde un plano teológico u ontológico. Dios, para él, es más una pulsión, un impulso de esa hambre por creer, de una trascendencia o sentido que apele al hombre concreto y a su vida que, de otra manera, queda lapidada en la nada más agónica.

Pensamiento paradójico, en lucha y diálogo, es la filosofía de Unamuno, pues también lo es el carácter propio de la existencia humana, que es lo que trata de reflejar mientras escribe: forma y contenido lo explicitan.

³⁷ M. UNAMUNO, *Niebla*, p.47-52.

³⁸ M. UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p.163.